

riosa, para animarlo con una auténtica humanidad vital. Lo ha convertido en un ser humano próximo e imperfecto, quizás para irritación de ciertos historiadores demasiado convencionales. Pero no ha podido darle una humanidad del todo cálida ni una genuina identidad personal como carácter. El Bolívar de esta novela conserva algunos rasgos hieráticos, y las sentencias brotan de sus labios como listas para el bronce del futuro. Su humanidad no llega hasta el límite novelescamente perfecto de la individuación.

Como ya es habitual en García Márquez, la prosa de *El general en su laberinto* está viva, como animada por una ánima interna, como encantada. El autor tiene un excelente oído poético para el idioma. ¿Quién escribe así hoy día en castellano? Hay que remontarse a los clásicos para encontrar parangón a esta excelente prosa. El lenguaje es de una austera sobriedad: apenas roza la superficie de los hechos para darles vida. Carece de toda morosidad; carece incluso de énfasis, y sabe huir bien del demonio de lo explícito. El alado roce de su prosa es suficiente para suscitar la revelación del protagonista en el lenguaje. En suma, García Márquez ha hecho lo mejor que podía hacerse dentro de la pesada horma de la fidelidad a los hechos históricos: ha estado a punto de reinventar a Simón Bolívar en el laberinto de sus apasionantes vicisitudes.

IGNACIO VALENTE

<https://doi.org/10.29393/At459-25TFJ110025>

EL TEMOR Y LA FELICIDAD

De *Sergio Peña y Lillo*

Editorial Universitaria, 1989

El temor es el sentimiento más atávico de la especie, y la felicidad es la aspiración más universal del corazón humano. Curiosamente, ambos se alimentan entre sí: "Sin la esperanza de la dicha no existiría el temor, y sin el vencimiento del miedo no es posible la felicidad", escribe el psiquiatra Sergio Peña y Lillo en su sugerente libro dedicado a ambas realidades fundamentales del psiquismo humano, y escrito en un lenguaje que, sin desdeñar el rigor de los tecnicismos, se abre a la comprensión llana de todo lector, con un especial énfasis en la vertiente *espiritual* —ética y religiosa— del temor y la felicidad, aspecto en el que cosecha sus mejores aciertos.

El lector que busque *recetas* psicológicas para superar el miedo o alcanzar la dicha —lector siempre abundante en el género— quedará desilusionado de este libro. No hay fórmula alguna para habérselas con dos realidades que ponen en juego a la totalidad de la persona humana en su hondura más íntima; y éste no es un libro de fórmulas y ni siquiera un manual psicoterapéutico. Es un libro escrito en la frontera entre la medicina y el humanismo, entre la experiencia clínica, el sentido común y el sentido trascendente de la vida, que podrá ayudar a las personas sanas a buscar una mayor plenitud de vida. La patología es aquí el punto de contraste que permite conocer mejor los dinamismos de la mente normal: esa salud profunda que consiste en la *normatividad* de la existencia, siendo la enfermedad sólo el "revés negro" —dice el autor— del deber-ser humano.

Aunque todo esquema sea precario en esta materia, Peña y Lillo esquematiza así, de manera muy convincente, las cuatro actitudes básicas que componen el temor (y por tanto la infelicidad): la anticipación imaginaria del mal, la contaminación del presente con el pasado, la resistencia al sufrimiento, y el deseo o la ambición. Sobre estas cuatro trampas de nuestro cautiverio trata el presente libro; en la medida en que se nos abran esas cuatro puertas que encierran a la *conciencia equivocada*, podemos aspirar legítimamente a la alegría, esa misma que el mundo contemporáneo suele dilapidar a través de una sumatoria estéril de "placeres sin alegría" o de "bienestares sin felicidad".

Entre las dos palabras —felicidad y alegría— me quedo con la última para los efectos de un ensayo de esta naturaleza. Felicidad me parece mucha palabra, casi demasiada. La felicidad no pertenece sin más a esta tierra; la alegría, sí. Por otra parte, el término “felicidad” está lastrado por toda la tontería del hedonismo actual, y en su nombre se cometen las mayores fechorías impunemente. Y todavía, la felicidad en el viejo sentido filosófico —*eudaimonia* o *beatitudo*— requeriría un tratamiento metafísico que excede los fines de este libro. Pero respeto la opción de su autor, que ve en la felicidad “una experiencia explosiva que dilata la dimensión del yo hacia un horizonte más ancho y trascendente”, y de la mano con el cuento persa de la camisa del hombre feliz —que no tenía camisa—, nos recuerda que la felicidad no depende de los sucesos exteriores sino de una particular actitud ante la vida, de tal modo que a la larga siempre ocurre que “la melodía encuentra su letra”, y la alegría engendra alegría.

A la inversa, una gran cantidad de cháchara contemporánea —disfrazada incluso de espiritualidad— se dedica a pintarnos la felicidad como “realización personal”, como “crecimiento del yo”, según una versión que Peña y Lillo llama, con Max Scheler, “dandismo”: hacer de sí mismo una obra de arte. La felicidad, por el contrario, reside en una identidad y comunión objetiva con personas, valores y realidades que nos trascienden infinitamente. La alegría reside en el olvido de sí mismo y aun en la propia negación. Es más, sólo puede darse —en virtud de su carácter oblicuo o indirecto— a quien se despreocupa por la propia dicha, no a quien está obsesionado por ella. El libro está lleno de estos distingos sanos, verdaderos, esclarecedores, indispensables, expresados en una prosa certera y clara, no obstante la dificultad de sus materias.

Y ¿qué decir del temor? Que no es valor la imprudencia del niño que penetra inconscientemente en la cueva de un león, sino el arrojito del padre que, temblándole las piernas, entra a buscarlo, dice Bergson. Que el cobarde es un avaro de sí mismo, añade Peña y Lillo. Que yo me cito en el futuro, y la angustia es el temor de no encontrarme en esa cita, tercia Sartre. Nuestro temor atrae la realización de lo temido: lo temido —al igual que lo esperado con fe, pero al revés— tiende a suceder. El miedo es también el producto de la proyección presente de recuerdos penosos del pasado, y proviene de la excesiva memoria. Para ser feliz hay que aprender a olvidar: empezar de nuevo. Hoy es el primer día del resto de mi vida.

En la existencia religiosa no existe el temor porque se vive al día —cada día tiene su propio afán— y, sobre todo, porque el dolor está lleno de sentido. Lo que nos hace infelices es el dolor absurdo, es la opresión del dolor a oscuras, no el sufrimiento en sí, que, libremente aceptado, engendra plenitud. ¿Qué sería de nosotros sin el dolor? Hacia el final del libro, Peña y Lillo emprende la tarea de una interpretación religiosa de la felicidad humana, en los términos de las bienaventuranzas del Sermón de la Montaña, intentando una respuesta ascética y aun mística al problema del temor y la felicidad.

Mi única reserva en relación a este hermoso libro se refiere a un cierto exceso de citas de los autores más diversos, lo que prueba la honestidad intelectual del autor, pero también da cuenta de una cierta tendencia al pensamiento misceláneo, y quizás incluso al eclecticismo. Los autores citados —filósofos, psicólogos y escritores de las más variadas corrientes— están lejos de pensar lo mismo, pero Peña y Lillo sabe sacar de cada uno lo más positivo, y casi ponerlos a todos de acuerdo. Lo cual, si bien es motivo de mi reserva, me fuerza a reconocer que corresponde también a una virtud de su pensamiento: sacar de cada corriente lo mejor, sin mayores preocupaciones críticas. Esta actitud no significa indefinición, porque Peña y Lillo se define vigorosamente en cada página, y por eso su libro está lleno de observaciones agudas y penetrantes que ayudarán al lector, siquiera sea a la distancia, a vislumbrar su posible felicidad. Lo que ya es mucho decir.

J. MIGUEL IBAÑEZ LANGLOIS